

## CAPÍTULO 4

# Subjetividad(es): los procesos de individuación en la matriz moderna

*Soledad Gómez*

La reciente revisión posmoderna de los supuestos de la Modernidad a partir del estudio de los significados codificados en el lenguaje permitió cuestionar los estatutos de verdad desde los cuales se erigieron los discursos de las ciencias, la política, la religión y, por tanto, el ordenamiento del mundo en una clasificación jerárquica instituyente donde lo *uno* (varón, heterosexual, blanco, occidental, propietario) es el ser humano por excelencia, dado que es un ser de razón, de mente, capaz de gobernar, civilizado, el único con derechos, quien posee el saber. Esta transición remite a la “muerte” del sujeto como supuesto estable, ahistórico y universal (antropocentrismo) y abre, en la actualidad, el juego a otras posibilidades de ser y estar en el mundo.

A partir de las obras de Michel Foucault (1975, 1978, 1987) se resignificó la noción de “poder”, excediendo las explicaciones marxistas tradicionales que lo ligaban jerárquicamente a los aparatos ideológicos del Estado y lo entendían como coacción y dominio. Conceptualizado como una red, **el poder permeó el lenguaje y los procesos de subjetivación**. Si aquello que en la Modernidad nos mantenía sujetos a estructuras sociales, se nos presentaba como una realidad, se volvía necesario pensar en alternativas transformadoras de dicho estado, donde ciertos datos y categorías de lo real son emergentes de determinados mecanismos históricos de poder. Así es que se abrió un **nuevo panorama para pensar el cambio**, lo que fue construido –como el lenguaje, las categorías que diferencian sujetos e identidades y los grandes discursos que narraron el mundo– **puede ahora deconstruirse**.

Este giro en la comprensión del sujeto descentrado y de las formas en que el poder constriñe la formación de subjetividades produjo una ruptura definitiva de la posibilidad de hablar de sujeto (único, aislado, cerrado en sí mismo, cuya identidad es fija e inmutable) y de la imposibilidad de pensarlo sin tener en cuenta la historicidad, localización, las mediaciones culturales donde se producen y reproducen las subjetividades, en constante cambio y dinamismo. Mario Heler en *Individuos. Persistencias de una idea moderna* (2000) plantea tres clases de carácter social referidas a las distintas etapas históricas en el desarrollo de la noción moderna de individuo:

- La primera es la denominada ***dirección por tradición***, que se da en las sociedades estamentales premodernas donde prevalecía la lentitud de los cambios sociales, la dependencia a la familia y la organización del parentesco, en la que la tradición cultural proporcionaba ritual, rutina y religión, por lo que había una mínima individuación
- La segunda, denominada ***dirección interna***, se da en el contexto del Renacimiento hasta la Primera Guerra Mundial, cuando emergen los Estado nación. La familia nuclear es el agente principal que permite afrontar los cambios exteriores y permite la reproducción de un modo de organización social jerárquico y disciplinario en el que la autoridad se centra en la figura del *pater familia*. Se trata de una sociedad disciplinaria, donde se ponen en juego dispositivos de control y vigilancia. La moralidad se expresa en la figura del puritano temeroso de Dios. El mecanismo de individuaciones, el “giroscopio” (o brújula interior) establecido por la socialización primaria, funciona como la autoobservación, que permite definir internamente el rumbo a seguir; si se aparta de éste, el sujeto se inflige culpa y castigo. Por ello, hay un imperativo a actuar de acuerdo a ideales internalizados, desde una autovigilancia constante que implica ponerse a prueba y disciplinarse. Al finalizar la etapa de la socialización, el sujeto se afirma como individuo con el logro de la identidad, una personalidad vivida y expresada como única, firme, conclusa, que se basta a sí misma. El giroscopio internalizado garantiza la continuidad del comportamiento posterior. La autoacción individual se asimila a la libertad para competir en el mercado, satisfacer necesidades y ascender socialmente, pero, a su vez, están restringidas por metas y principios regidos por las figuras modelos paternas (Estado, Iglesia, Padre). Es decir, las coacciones externas se asimilan y transforman en autoacciones. Las teorías modernas como la del contrato social de Rousseau (1762) en un contexto de expansión de la sociedad del mercado abonan la percepción del individuo aislado, el “homo clausus”, libre e independiente, que tiene una personalidad cerrada, depende de sí mismo y está separado de los demás individuos. La autonomía personal se mide por la distinción que permite apartarse del término medio: méritos extraordinarios, originalidad, brillantez, el “genio”. Así es que la sociedad está conformada por individuos independientes cuyas competencias deben estar orientadas a la previsión de acciones e intenciones de los demás para lograr el ascenso y el mérito. Se cristaliza la idea de la separación entre individuo-sociedad (interior-exterior), el proceso civilizatorio requiere del pensamiento racional (universal masculinista) y la conciencia moral (Iglesia) como autocontroles, bajo las reglas del mercado (capitalismo)
- Por último, la etapa de ***dirección por los otros*** se da en el contexto de entreguerras a la actualidad.

Los grupos de pares actúan aquí, en esta última etapa, como medida de todo, en un amplio entramado de relaciones, en que **revisten un papel fundamental las palabras e imágenes**, la interpretación de los discursos sociales y los mensajes.

Se producen **cambios en la división sexual del trabajo** (varones en la vida productiva pública/mujeres en la vida reproductiva doméstica) ante la creciente complejidad en las formas de relaciones producción, a partir de la que se da un incipiente cuestionamiento de las estructuras jerárquicas por parte de los movimientos feministas que plantean la necesaria liberación.

En este período, **el individuo se percibe como artífice de sí mismo**. Se amplían las elecciones ante los cambios constantes que requieren de flexibilidad, adaptación.

**La moralidad se asimila a la diversión y el placer**, prevaleciendo una psicología de la abundancia: goce de la abundancia y el ocio. Ante la pérdida de importancia de las figuras modelos paternas, éstas son reemplazadas por las metas a corto plazo que fijan los medios masivos y la ligera identificación con modelos propuestos como el *american way of life*. El condicionamiento en esta etapa se encuentra en el imperativo de ser un experto consumidor y adecuarse al nivel social de pertenencia. Para Heler (2000) tiene una connotación negativa porque sugiere **superficialidad y vaciedad** respecto a la individuación por “dirección interna”.

El mecanismo de individuación es el “radar psicológico” que es internalizado tempranamente, donde los otros son la fuente de la dirección del individuo, para lo cual se vuelve necesario descubrir la acción simbólica de los otros para la movilidad social. El objetivo se centra en verificar cuán competente es cada individuo para manejar y dejarse manejar, interpretar mensajes que otorgan aprobación, ser aceptado dejando de lado sentimientos y aspiraciones. No hay una personalidad fija e inmutable, ya que se debe garantizar la flexibilidad y adaptabilidad a cambios después de la Segunda Guerra Mundial. **El proceso de individuación está orientado por la mentalidad consumista**. La cultura de masas actúa como obstáculo a este proceso –según Heller (2000)– por su papel homogeneizador y la imposición de modelos superficiales que desatienden la experiencia humana acumulada. Como consecuencia, se cristaliza el narcisismo contemporáneo junto con la necesidad de explorar todas las posibilidades y la permanente insatisfacción que abonan las lógicas del consumo.

Según Foucault (1987) en esta etapa se desarrolla una **individuación descendente**, con la producción institucionalizada de la normalidad (homogenización) y la sujeción a normas y roles sociales fijados por los dispositivos de saber y económicos de la sociedad disciplinaria. En este marco, la conformación de identidad está tan determinada por los roles sociales asignados socialmente como por las capacidades del individuo.

La sociedad es analizada como una masa de seres humanos adaptados, mediante la imposición de un sistema de normalidad/anormalidad que inflige marginación y castigo, a fin de mutilar aquellas “marcas ciegas” (producto de la contingencia o del azar) inscriptas en el cuerpo que hagan al ser humano desemejante al resto de la sociedad. La autonomía personal se mide por el modo en que cada individuo consigue apropiarse de sus “marcas ciegas” y autodeterminarse a partir de ellas, es decir, actuar a partir de esas marcas y no ser actuados por ellas.

La exigencia por la integración al sistema de interrelaciones sociales exige adaptabilidad, a los efectos del disciplinamiento y adiestramiento de los cuerpos, mediante dispositivos panópticos y, a la vez, muestra la interdependencia entre individuo y sociedad.

**La sociedad es entendida como el entramado de interdependencias constituidas por los individuos.** El cambio sociohistórico es consecuencia de las transformaciones en las relaciones entre los seres humanos y la modelación de los individuos en ellas.

De esta forma, el disciplinamiento corporal individual se convierte en disciplinamiento social colectivo y permite pensar a la Modernidad como una matriz productiva (técnica y socialmente hablando) de modalidades válidas y legítimas de subjetividades eficientes en el marco de normativas explícitas e implícitas vigentes. Por ello, el modelo social no sólo desarrolló instituciones capaces de moldear “cuerpos dóciles” sino que también clasificó y encerró a quienes se mostraban hostiles, de algún modo, a las estrategias de disciplinamiento (la cárcel y el manicomio pueden leerse en esa clave). Las formas legítimas del sujeto moderno fueron aquellas que garantizaron docilidad, productividad, normatividad frente a la anomia, direccionamiento, orden y sumisión. Adscripciones identitarias que ocultaron las “fallas” de la subjetividad bajo el concepto de totalidad posible. De allí que las transformaciones culturales asuman, como lugar principal, los descentramientos del individuo-sujeto para pensar en un cambio ontológico que ponga en crisis la solidez de la matriz.

## Referencias

- Foucault, M. (1987). *Historia de la sexualidad*. Tomo I, La voluntad del saber. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1978). *Microfísica del poder*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Heler, M. (2000). *Individuo, persistencia de una idea moderna*. Buenos Aires: Biblos.
- Rousseau, J. (1762). *El contrato social*. (s.d).